

Primera intervención:

*Voy velada en la estación del viento
-isla del Ubajay y la laguna interior-
Tenuidad de mis ojos ya ven
Claridad de fragancia ya es
Éste es el sitio
Motas de luz aromito
Aromitos al mediodía sin límites
De la laguna interior la garza
Las garzas levantan cruzan
Vuelven me llevan
La neblina también..la
Cambiante gracia (Por encima del silencio, Beatriz Vallejos)*

Segunda intervención:

Soy la poetisa Adelina Flores. ¿Soy la poetisa Adelina Flores? Tengo cincuenta y seis años y he publicado tres libros: «El camino perdido», «Luz a lo lejos» y «La dura oscuridad». Ahora veo la sombra de mi cuñado Leopoldo proyectándose agrandada sobre el vidrio de la puerta del baño. La puerta no da propiamente al living, sino a una especie de antecámara, y solamente por casualidad, porque está más cerca de la puerta de calle, que he dejado abierta para tomar aire, he traído el sillón de Viena a este lugar y estoy hamacándome lentamente en él. El sillón de Viena cruje levemente. No podía soportar mi cuarto, y no únicamente por el calor. Por eso vine aquí. Es difícil soportar encerrada entre libros polvorientos los atardeceres de este terrible enero. (Sombras sobre vidrio esmerilado, Juan José Saer)

Tercera intervención:

El perfume de los naranjales rinconeros se nos anticipa apenas pasamos el puente colgante. Un automóvil no es un caballo, evidentemente, pero, así y todo, al sentir el viento libre golpeando los cristales del coche y en el rostro ansioso de campo y en el espíritu con sed de silencio, creemos sentir esa impresión del resero de Güiraldes, de vuelta al pago después de un viaje aleccionador.
El campo, en realidad, es más que una presencia. No existe solamente en extensión, sino en hondura. El hombre ese que nos pasó apurado por-que tiene que llegar a Helvecia antes de que cierre el Banco, en realidad no viaja el campo, sino el camino.

Ya se apagó el eco de las epopeyas, malones y soldadescas. Revoluciones y largas procesiones misionales no han dejado, en las movibles y cambiantes arenas, el más pequeño rastro. Mañana el pavimento alisará y borrará mejor la impronta del pasado. Por él pasará en movimiento la ambición del progreso. Pero estos pueblos seguirán recostados en el río, mirándose en constante contemplación. Mientras todo pasa, ellos y sus gentes permanecen. La vida es larga, para qué apurarse. (El orden de la ruta, Luis Gudino Kramer)

Cuarta intervención:

Suelo

santafesino

*Dilatado, tendido,
sin altos ni bajos,
éste es el suelo mío,
éste es mi campo.*

*Es como a mí me gusta,
verde, ancho;
el sol por todo él,
el agua a mano.*

*Lo conozco en su surco,
en su flor, en su árbol. . .
Como a la mujer amada,
no podría dejarlo.*

*Un río lo atraviesa.
Viene del norte, amargo.
Pasa por mí. Su línea
la llevo en cada mano.*

*Atravesando trigos,
la llevo en cada mano.
Tengo en la mano abierta
mi campo y su bañado.*

*Lo conozco en su surco,
en su flor, en su grano;
en su nido, en la tierra
y en el árbol.*

*En su naciente sol,
en su sol alto;
en su luna que duerme
con la liebre, en los pastos.*

*En su hombre que ara
seguido por el pájaro
que tiene alas de ángel
y es blanco.*

*En su mujer de pelo de tormenta
o de pelo dorado:
su noche húmeda o su día
soleado.*

*En su guitarra cada vez más sola,
en su rancho;
en el seno de niña, morenito,
de su mate cálido.*

*En el dolor de su paloma;
en el deshacimiento de su cardo;
en la puñalada fecunda
de su toro pesado.*

*Como a la mujer amada,
no podría dejarlo;
como a la mujer amada;
tierra con río y árbol.*

*Sobre él quiero morir;
sobre él, con ella al lado.
Hierba, mujer, arroyo
y sombra de caballo.*

José Pedroni